

Concha Álvarez

MARIPOSA DE PIEDRA

MARIPOSAS NEGRAS 1



SELECCIÓN

Juvenil paranormal

MARIPOSA DE PIEDRA

Primer Libro de los Caídos

Concha Álvarez

1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Concha Álvarez

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-810-5

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para mi hija Nerea,
una gran soñadora de historias.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

I

LA TORMENTA

LÁGRIMAS

PLUMAS ROJAS

ÁNGEL NEGRO

II

EL ARTE DEL FIN

AFLICCIÓN

TRAS LA MÁSCARA

PESADILLAS INFANTILES

III

ALAS NEGRAS

LA OSCURA VERDAD

ABRE LOS OJOS

FIEBRE NOCTURNA

IV

INFERNO

NUNCA JUEGUES CON DESCONOCIDOS

SI LA MUERTE TE VISITA JAMÁS LA INVITES A
PASA

LA RULETA RUSA

V

EL PALACIO DE LAS LÁGRIMAS
LA VENDETTA
LUNA ROJA
LAS AGUJAS DEL RESENTIMIENTO

VI

UN AMOR INESPERADO
EL DESPERTAR DE LOS SENTIDOS
OCASO EN KILLARNEY
LA HORA DE LA VERDAD

VII

EL MEJOR DE LOS PACTOS
TEN CUIDADO CON LO QUE DESEAS...
¿QUÉ HARÍAS POR AMOR?
UN FINAL INESPERADO

Epílogo

Agradecimientos

Promoción

Prólogo

«Los ángeles defensores no pueden yacer con humanas, bajo pena de ser desterrados al Purgatorio, la Tierra, transfigurados en ángeles caídos». Libro I, Cap.1, Vers. 2 del Libro de los guerreros de Dios.

Todos guardaron silencio cuando Denis, enojado, lanzó la espada de fuego a sus pies. Lucien contempló, disgustado, la actitud de su hermano. Convertirlo en soldado estaba siendo una tarea ardua. Tenía cualidades, pero mucho que aprender y una total falta de disposición. En cambio, Gerard, su segundo hermano, sería un buen soldado, aunque su actitud rayaba la insubordinación. Tarde o temprano incumpliría una orden y terminaría condenado. Comprobó que no era el único que los vigilaba. Gabriel, el arcángel y comandante de los guerreros de Dios, también los observaba. Sus hermanos todavía no comprendían que era mejor no irritar al arcángel; sus vidas dependían de ese hombre.

El resto de ángeles dejaron las armas en la mesa y se dedicaron a ejercitarse. Gerard colocó los brazos tras la cabeza con un total desinterés por las órdenes; Denis imitó su proceder. Ni siquiera se molestó en recoger la espada, lo que le acarreó una mirada reprobatoria del encargado de guardarlas. Lucien cerró los ojos y apretó los puños para contener su mal humor. Podía lidiar con la indiferencia de Gerard, pero no estaba seguro de lograr vencer la tozudez de Denis. Ese chico tenía una voluntad incorruptible y había

dejado muy claro, desde el principio, que se negaba a ser soldado.

El comandante colocó las manos tras la espalda para ocultar las garras y regresó a su tienda. Esos tres le irritaban lo suficiente como para no controlar su transformación. Desde el primer día, los Chevalier habían sido un auténtico dolor de cabeza. Lucien intentaba disimular con un gesto de obediencia su altivez. Ese chico era capaz de acatar las órdenes sin rebelarse y creía probable hacer de él un buen defensor, algo imposible de conseguir con Gerard. Aunque quien le preocupaba era Denis, el menor de los tres. Ese muchacho podía inclinarse a uno u otro bando con demasiada facilidad. Era inteligente y callado, al contrario que el arrogante de Lucien o el insolente de Gerard. Tenía el ingenio para ser un buen estratega militar, pero había visto muchas batallas para no apreciar su compasión; una actitud imperdonable en un defensor.

Su irritación desencadenó que golpeará la mesa y esta se hizo pedazos. Entre sus muchas obligaciones, la más importante, era agrupar a las tropas ese día. Según las últimas noticias, las sombras se estaban reorganizando e intentarían un ataque. Vivían como ratas en el Purgatorio. Ese lugar al que los hombres llamaban Tierra y los ángeles campo de batalla. Los humanos, ajenos a esa eterna lucha, ignoraban quiénes coexistían con ellos. Las sombras, lejos de mantenerse al margen en los destinos de los hombres, intentaban apoderarse de sus almas. Cuántas más obtuvieran, más posibilidades tenían de ganar a los ángeles. Esos demonios nunca habían jugado limpio y ahora tampoco lo harían. Sin embargo, existían otros seres, mucho más despreciables, tanto para ángeles como para sombras, y eran los caídos; ángeles condenados a vivir en el Purgatorio, cu-

yos pecados los habían conducido a cambiar sus alas blancas en otras negras. Camuflados entre los humanos, se alimentaban de su energía como parásitos. Ni los ángeles ni las sombras los estimaban y debían protegerse de unos y otros para sobrevivir. Si un caído perdía las alas, entonces la muerte era su mejor aliada.

—Haz que los Chevalier vengan —ordenó a un joven rubio que con gusto hubiera retratado cualquier pintor renacentista—. Quiero hablar con ellos.

No pasó mucho tiempo cuando el ángel entró en la tienda de Gabriel y anunció:

—Los Chevalier esperan.

—Hazlos pasar.

Los ojos del arcángel mostraron un color esmeralda que le otorgó el aspecto de un viejo dragón. La estancia pareció disminuir cuando los hermanos entraron en ella. Lucien lo miró con desconfianza. El arcángel esbozó una sonrisa al comprobar que el instinto de protección hacia sus hermanos sería una ventaja para controlarle. Mientras, Gerard mostraba un gesto burlón con un claro desafío. Ese muchacho era un verdadero demonio y no caería en aquel infantil reto. En cambio, Denis no estaba interesado en la lucha que se producía dentro de la tienda; su atención solo se centraba en una mesa rota donde varios ejemplares de libros antiguos se mezclaban con los trozos de madera.

—No creo que sea necesario advertiros que otro acto de insubordinación os ocasionará consecuencias desagradables. Es mi última advertencia.

—Por supuesto —se apresuró a decir Lucien.

—Habla por ti, hermanito —contestó Gerard con sorna.

La furia del arcángel era palpable, sus manos se convirtieron en dos peligrosas garras dispuestas a hacer trizas a ese muchacho insensato.

—Señor... —intervino Denis—, conocéis a mi hermano —dijo, y por primera vez se preocupó por lo que acontecía a su alrededor. El menor de los Chevalier ignoró el gruñido de Gerard y continuó hablando—: Hará cualquier cosa para que lo desterréis, incluso jugarse la vida y la nuestra.

El aludido apretó los puños y juró que más tarde le haría pagar a ese bribón su atrevimiento.

—Entiendo —aseguró el comandante algo más calmado.

Los dos hermanos Chevalier agradecieron su comprensión con una inclinación respetuosa de cabeza, pero Gerard esbozó de nuevo una sonrisa desafiante. Esta vez, Gabriel se la borró con un puñetazo. El joven cayó al suelo y sus iris, dorados, cambiaron a un intenso color amarillo. Las manos se convirtieron en dos afiladas garras y en su espalda aparecieron dos enormes alas blancas.

—¡Basta! —exclamó Lucien, y hubiera abierto la cabeza de su hermano si con ello le metiera un poco de cordura.

—No es una buena idea —le aconsejó el comandante conteniendo las ganas de darle una paliza a ese engréido.

Sus hermanos lo sujetaron de los brazos a la misma vez que el arcángel hacía un gesto con la mano para que se marcharan. Cuando estuvo solo, el viejo soldado recibió la visita del arcángel Rafael.

—Cometes un error.

Su amigo se quitó el cinto que sujetaba la espada y lo lanzó sobre una pequeña mesa que había resistido la furia de Gabriel.

—Sé que son buenos soldados y no podemos prescindir de ellos, pero te juro que desearía cortarle las alas a ese cretino de Gerard.

—Eso es mentira —contestó Rafael, lo conocía bien para que lo engañara con aquellas palabras.

—Tienes razón —terminó por confesar—. Me recuerdan demasiado a mí cuando...

—... cuando todavía eras un simple ángel.

—Sí —claudicó—. Yo aprendí la lección —dijo cabizbajo—. Debes ser obediente y disciplinado, debes saber cuál es tu lugar.

—Creo que aún no lo has hecho.

Rafael se sirvió una copa de ambrosía digna de un dios pagano y le ofreció otra a Gabriel. Ambos habían luchado en batallas sangrientas, establecido el orden del bien y del mal, pero hubieran vendido su alma para tener la oportunidad de volver a ser hombres. Sus pensamientos eran una blasfemia, un pecado contra Dios, aun así comprendía a esos tres muchachos. Gabriel, pese a sus palabras de condena, también.

|

LA TORMENTA

Cada instante de la vida es un paso hacia la muerte.

Pierre Corneille

Sara dejó una rosa blanca sobre la tumba de su madre. Después, se encaminó hasta un antiguo mausoleo situado en la parte vieja del cementerio, donde habían construido un suntuoso sepulcro. Ninguna otra tumba ensombrecía la grandeza y terrible soledad de esa sepultura. Sobre un macizo de mármol, con forma cuadrada, se alzaba la figura de un ángel. La serena tristeza de la escultura transmitía una conmovedora viveza que a ella la reconfortaba. Rozó con la punta de los dedos la fría piedra y miró los ojos marmóreos con emoción. Giró alrededor y admiró la perfección de los músculos y el contorno del rostro. Desde hacía varios meses soñaba con ese ángel de una manera tan tórrida que la avergonzaba. Su presencia despertaba en ella una mezcla de emociones incomprensibles, pero sobre todo, tenía miedo. Miedo al creer que un trozo de mármol se convertía en un ser humano.

Apenas recordaba el día del entierro de su madre, salvo el dolor, la confesión de Hugo y su sueño. Jamás había vuelto a repetirse con la misma intensidad. Aquella noche, la despertó el olor a flores marchitas y los recuerdos se agolparon en su mente con desgarradora nitidez. Entonces, con pereza, entreabrió los ojos. Las pastillas que Francesc, el médico de la familia, le había obligado a tomar para calmar la ansiedad la adormilaban. Supuso que debía ser una

cantidad suficiente para imaginar la figura de un hombre a los pies de su cama. Un hombre tan semejante al ángel del cementerio que cabían dos posibilidades: la locura o la ensoñación. Y prefería decantarse por lo segundo. Su aparición tenía el pelo oscuro y le caía en desorden a un lado de la cara; pequeñas gotas de agua resbalaban por su torso desnudo hasta perderse en la cintura del pantalón vaquero. No llevaba zapatos, pero Sara no vio huellas mojadas en el suelo de la habitación. Poseía unos ojos grises que la miraban con una intensidad acuciante. Alargó la mano para tocarlo, rozó con cuidado y curiosidad la piel desnuda de sus hombros. Sintió un hormigueo en la punta de los dedos y descendió con suavidad hacia el tatuaje de su brazo, con forma de serpiente; el dibujo pareció removerse al tocarlo. El tacto frío de su piel la hizo tiritar y, aunque no era real, la miraba con toda la comprensión que nadie más le había demostrado en esos dos días. A pesar de que hacía un par de horas del entierro de su madre, igual que un viejo marinero necesitaba una botella de ron para acallar los recuerdos, Sara necesitaba que la estrechara entre sus brazos para consolarla en un momento tan doloroso.

—Abrázame —le pidió sollozando.

Los ojos de él reflejaron sorpresa por su petición, sin embargo, al apreciar la súplica en su mirada, obedeció.

Sara estaba convencida de que decir esas palabras en voz alta la acercaban más a la locura, pero le daba igual. Su cuerpo aceptaba como reales el latido del corazón del ángel; su piel fría como una gélida noche de invierno; el olor de la tierra húmeda a un bosque tras un día de lluvia y aceptó la fuerza de aquel abrazo que tanto ansiaba para no sucumbir al dolor. Acercó el rostro al de él en una invitación clara para que la besara. Su aparición emitió unas palabras

que ella no entendió y que le sonaron ásperas. Parecía enfadado, pero la ciñó aún más en su abrazo y se apoderó de su boca con furia, con una urgencia implacable, casi como un castigo. Sara prefería sentir aquella rabia a no sentir nada. Así que dejó que la acariciara con una urgente brusquedad. Incluso se hubiera entregado en cuerpo y alma, pero él la apartó de su lado sin mucha delicadeza. Ella observó cómo el hombre al que había besado cambiaba en un ser mucho más terrible. Sus pupilas dejaron de ser grises para exhibir un color plateado y dos enormes alas negras surgieron tras su espalda. Pese a su aspecto, ella no le temía. Alargó la mano y acarició con suavidad las alas. Era como tocar el más fino terciopelo. El ángel intentó disimular un estremecimiento, pero su rostro evidenció el placer que sus caricias le proporcionaban. No supo ni cómo ni cuándo sucedió, pero desapareció de su lado. En ese instante, sintió el abandono más absoluto y una envolvente desesperación. Desde ese día, visitaba el cementerio y dibujaba al enigmático ángel de mármol negro que tanto le recordaba al hombre de sus sueños. Después, sin mirar atrás, regresaba al infierno en el que vivía.

Sara salió al mirador de la habitación de su madre. El ruido de las olas al chocar contra las rocas era ensordecedor, hasta el punto de desquiciar a cualquier visitante que contemplara por primera vez el acantilado. A veces, había estado tentada a marcharse; ahora, ese sonido violento calmaba de alguna forma el dolor instalado en el interior de su pecho. La tormenta la rodeó con toda su implacable in-